

HABLAR PURA CASTIA

POR

MANUEL ALVAR

El mercado de Mitla recuerda poco los de Toluca, Oaxaca o Amecameca. Pasear por uno de estos mercados mejicanos es asistir a un portentoso espectáculo de color y de humanidad palpitante. Calles y calles de tenderetes o de montoncitos de fruta, de jícaras, de hierbas o de flores por los que apenas queda un estrecho paso para el caminante. Indios arracimados, descalzos, con anchos sombreros de paja. Bernal Díaz del Castillo vio así aquella vida fluyente: abigarrada, heterogénea (1). Hoy, como ayer, cambiada la lengua, se vocearía igual y casi lo mismo: pomadas para el dolor de cuello o de reuma, hierbas para la esterilidad o mejunjes para el amor. Ahora con sensible progreso: también hay folletos para interpretar los sueños. (En un rincón del mercado, el corro de los petates, las pobres esteras de palma donde reposan estas gentes y que—en el último sueño—sirve para envolverlas.)

El mercado de Mitla recuerda poco los de Toluca, Oaxaca o Amecameca. En aquella plaza desolada me acordaba de Cíbola, tal y como la vio Sender, o de la ciudad de trasmundo que encontró Pedro Páramo. Sol, polvo y algún árbol raquítico. Al pie de uno de estos árboles, sin fuerzas ya ni para dar sombra, el indio y la india vendiendo petates. ¿Vendiendo? Parecía como si la muerte no tuviera ocasión de morir. Al fondo de la plaza, alineadas en un porche, larguísimas filas de mujeres tejiendo palma. Las indias llevan

(1) En el capítulo XCII de la *Historia de la conquista de la Nueva España* cuenta su sorpresa: «desde que llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían... cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y de plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas... Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón y cosas de hilo torcido, y cacahuateros que vendían cacao; y de esta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que por cada calle están sus mercaderías, por sí». La descripción completa es espléndida y llena de color. Tenía razón el viejo soldado: «Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza, porque es para no acabar.»

las trenzas entreveradas con cintas de colores y los sarapes no al cuello, sino rodeándoles, a guisa de turbante, la cabeza: un turbante cuyas vendas fueran muy largas y les colgaran, luego, por la espalda. Estas indias que por las aceras, a centenares, tejen sombreros de palma o petacas con una extraña y rapidísima velocidad, o que en livianos tenderetes ofrecen dulces de infinitas clases, mientras tupidos enjambres de abejas se posan sobre el azúcar, sobre el coco, sobre los pasteles. (A Mitla vienen indias de Aguatlatán o de Miahuatlán: tres días andando; venden sus objetos de palma y se vuelven. Ya mero tendrán camino. Y a pesar de todo se mueven.)

En Mitla también las impresionantes ruinas prehispánicas. Acaso con la mayor perfección en el manejo de las líneas. Algo como un recuerdo escolar de Creta, sin Tutankhamen y sin Merejkowski: exacta regularidad geométrica, absoluto rigor en el uso de los motivos. Todo sabiamente combinado. El arte mixteca, o aprovechado por los mixtecos (2), no tiene la grandiosidad de las cosas mayas, pero sí una prodigiosa vitalidad: uno de los templos, o un conjunto de templos, aún vive en el atrio y en el ábside de la iglesia. La piedra de sillería, que hoy es —¿es?— cristiana, sirvió en otro tiempo para la religión que venía a morir (3). Porque nada de cuanto he visto en Méjico, nada, comparable a la iglesia de San Pablo en Mitla: abierta de par en par, transida por un aire seco y limpio que adelgazaba las paredes y nos transportaba —como las campanas del Zócalo o Santa Prisca de Taxco— a la región más transparente. Y allí, por el suelo y por los bancos, gente no escasa: hombres y mujeres que entraban de rodillas o que rezaban sentados. En el altar barroco, la dignidad de un San Pablo de verdad, pero remoto en su santidad. Por eso en el centro del templo había otro San Pablo auténtico: armado con el

(2) «En tiempos de la conquista, Mitla era la sede del gran Vija-Tao, sumo sacerdote zapoteca..., pero lo más probable fuera que los zapotecas del valle de Oaxaca, a semejanza de la gran mayoría de las naciones indias de la época, participaran del arte mixteco» (MIGUEL COVARRUBIAS: *Arte indígena de México y Centro América*. México, 1961, p. 342; *vid.*, también, la p. 174). Sobre Mitla se verán con fruto las bellas páginas de J. PIJOUAN en *Summa Artis*, t. X, páginas 213-220. (Este autor se pregunta: «¿No será Mitla pura obra mixteca?»., página 213.)

(3) No sin hondísima emoción se ve persistir el arte prehispánico en las nuevas formas de vida, y este sincretismo hace desgarradora la respuesta que lejos, en el altiplano, dieron los sabios y sacerdotes aztecas a los franciscanos venidos a Nueva España:

*Somos gente vulgar,
somos perecederos, somos mortales,
déjennos pues ya morir,
déjennos ya perecer,
puesto que ya nuestros dioses han muerto.*

(MIGUEL LEON-PORTILLA: *El reverso de la conquista*. México, 1964, p. 25.)

burdo machete que aquí emplean para desbrozar y hacer leña. ¿No es acaso así el arma más contundente para el martirio? (4). (Los hombres ofrecían velas; las mujeres, flores silvestres. La iglesia olía a campo y los santos —bellamente toscos— miraban complacidos: Cristo, desde su cruz, o, montando una de las diminutas borriquillas del país, entraba en Jerusalén, Domingo de Ramos que se le repite cada día en su peana de Mitla.)



Por cualquier parte, en las ruinas, en un recoveco del camino, bajo un árbol, te asaltan las vendedoras: sartas de collares, piedras, hachas de cobre, vasijas, figuras... Todo auténtico, si hemos de creer a sus juramentos. Acaso—moldes conservados—sea, de verdad, más auténtico que lo viejo. Al pie de los aposentos, mientras me cobijaba en la frescura de las sombras, dos niños de ojos grandes como de venado nuevo se me acercaron en silencio. A una caricia mía se unieron a mis piernas. (A miles de kilómetros, por otros rumbos, los ojos de mi carne no tenían un muslo en el que apoyarse.) Vinieron dos indias a recoger a los niños. No, ellas no sabían zapoteca, venían, sí, de la sierra, con su carga de petacas tejidas—rosas y azules sobre el pajizo—, pero no sabían zapoteca. Ellas hablaban sólo «pura castía».

Castilla es—y fue para esta gente, como para otras gentes—todo un mundo. A. M. Espinosa ha estudiado la adopción de la voz entre los indios queres de Nuevo Méjico (5) y entre los hopis de Arizona (6). Sus explicaciones valen también para los zapotecas de Oaxaca: «los primeros conquistadores españoles hablaban de su país, Castilla, y declaraban que venían en nombre de Castilla, de los reyes de Castilla, etc. De esta manera el indio oía siempre la palabra *Castilla* y en seguida empezó a emplearla con el significado de «español», «castellano». Primeramente la palabra se usó como sustantivo, y después se generalizó hasta tal punto que llegó a emplearse también como adjetivo» (7). El proceso viene de lejos: el capitán Gaspar de Villagrà en su *Historia de Nuevo Méjico* (Alcalá, 1610) muestra el uso de *Castilla* con el valor de «castellano, hombre de Castilla» (8) y

(4) El atributo iconográfico del santo suele ser la espada con la que le dieron muerte, y así se representa en Mitla (cfr. LOUIS RÉAU: *Iconographie de l'art chrétien*, t. III, 3, París, 1959, p. 1039).

(5) *El desarrollo de la palabra «Castilla» en la lengua de los indios queres de Nuevo Méjico* (RFE, XIX, 1932, pp. 261-277).

(6) *La palabra «Castilla» en la lengua de los indios hopis de Arizona* (RFE, XXII, 1935, pp. 298-300).

(7) RFE, XIX, 1932, p. 262.

(8) *Ibidem*, p. 263.

las indias de Mitla añaden ahora ese testimonio como «lengua de Castilla» (9), que viene a coincidir con otro conocido de los guaraníes (10). Más allá de las costas de América, en las islas unidas al mundo hispánico por la endeble sutura del galeón de Acapulco (11), *castila* es también el «idioma castellano» (12). Y es que «lo que da sentido, en el pasado y en el presente, a lo que llamamos España, lo que hace que nuestra civilización sea algo de que el planeta no prescinde no es el fruto de ninguna barbarie sangrienta ni de intervenciones y mercedes extranjeras, ni de gárrula y gesticulante palabrería, ni de obtusez mental, sino que es fruto de unas creaciones humanas que están ahí desafiando los tiempos, creaciones labradas en palabras, en colores, en sonidos, en ideas, en paisajes, en piedras y en algo noble y digno que yace en la conciencia de millones de gentes que siguen hablando la lengua de Castilla» (13).

Las indias zapotecas tenían razón: ellas hablaban «pura Castía». No con las adopciones fonéticas de los queres y los hopís, ni siquiera con las deformaciones de las nahuas del valle de Méjico, para quienes la lengua es el *kastilan copan* (14), sino con el tratamiento normal del español común: tan sólo el yeísmo (*Castilla* > *Castiya*), como se usa en el estado de Oaxaca (15), y la *y* embebida por la palatal anterior, igual que dirían los hablantes de muchos sitios de la República (16). Tratamiento fonético el de Mitla que acredita la incorporación de los indios a una lengua nivelada, no a los procedimientos de adopción de estructuras lingüísticas ajenas a su propio

(9) A. Alonso, que recoge hechos paralelos, dice que en la literatura gaucho hay «algunos ejemplos» de este empleo, a partir de Ascasubi (*Castellano, español, idioma nacional*, 1.^a ed., p. 130).

(10) *Kahtilla* es «la lengua española», tanto en Paraguay como en Bolivia (cfr. MARCOS A. MORÍNICO: *Hispanismos en el guaraní*. Buenos Aires, 1931, página 304, núm. 803).

(11) Cfr. M. L. WAGNER: *Lingua e dialetti dell'America spagnola*. Firenze, 1949, pp. 161-163.

(12) La voz significa, además, «español» e incluso «europeo» (W. E. RETANA: *Diccionario de filipinismos*. Nueva York-París, 1951, p. 73. Cito por la tirada aparte de la *RHi*, LI). El autor de este *Diccionario* consideraba *castila* como «el más noble, el más clásico, el más histórico de todos los filipinismos» (p. 10), y, según él, «no se concibe cómo no figura en el *Diccionario*. La Academia ha acogido ya el término.»

(13) A. CASTRO: *Castilla la gentil*. México, 1944, p. 11.

(14) Testimonio del propio Espinosa en la *RFE*, XXII, 1935, p. 300. Creo que habrá que relacionar con el nombre de Castilla la designación del «trigo» en Michoacán (Méjico), *ahziri* (vid. Maturino Gilberti: *Diccionario de la lengua Tarasca o de Michoacán*, ed. A. Peñafiel, México, 1901, p. 502. La primera edición es de 1559). La pérdida de la *k* apartaría el tratamiento tarasco de los que ha estudiado Espinosa.

(15) Vid. M. ALVAR: *Algunos aspectos fonéticos del español hablado en Oaxaca (Méjico)*, § 8 (en prensa en la *NRFH*).

(16) Cfr. JOSEPH MATLUCK: *La pronunciación en el español del valle de Méjico*, 1951, p. 104, nota 348.